

## La Oración Dominical Preámbulo a las siete súplicas

La oración que Nuestro Señor nos enseñó se inicia con un preámbulo, mediante el cual nuestra alma se prepara a hacer debidamente la oración: **Padre nuestro, que estás en los cielos**. Mas con este preámbulo se relacionan dos puntos que sobre la oración expone el Catecismo de Trento, y que no dejamos explicados en la Hojita de Fe anterior, a saber: la preparación que debe hacerse para rezar, y el modo requerido para rezar.

### 1º Preparación que debe hacerse para rezar.

Dos obstáculos impiden que nuestra oración sea fructuosa: el *obrar mal* aunque pidamos bien, y el *estar distraídos* mientras hablamos con Dios. Por eso debemos preparar nuestra alma para rezar, según la enseñanza del Espíritu Santo: «*Antes de la oración prepara tu alma, y no seas como el hombre que tienta a Dios*» (Eclo. 18 23). Esta preparación consiste en las debidas disposiciones ante Dios, entre las cuales figuran las siguientes:

1º Ante todo, un **espíritu humilde y obediente**, que reconozca los propios pecados y se arrepienta de ellos; pues el que a Dios se acerca con pecados es indigno, no sólo de alcanzar algo de Dios, sino aun de ponerse en su presencia para orar.

*Esta enseñanza nos da Nuestro Señor en la parábola del publicano, que con sus actitudes humildes y arrepentidas mereció volver justificado a su casa, a diferencia del fariseo soberbio (Lc. 18 13-14); y en el episodio de la pecadora penitente, que después de manifestar su arrepentimiento con las abundantes lágrimas derramadas sobre los pies del Salvador, mereció escuchar de El la sentencia del perdón (Lc. 7 47-50).*

2º En segundo lugar, la **mansedumbre y misericordia**, practicando nosotros con el prójimo las mismas actitudes que esperamos encontrar en Dios respecto de nosotros, como nos lo recuerda el Señor: «*Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores*» (Mt. 6 12).

*Para ello debemos evitar a toda costa: los homicidios y modos violentos con el prójimo (Is. 1 15), la ira y la disensión (I Tim. 2 8), la negativa a perdonar las injurias que el prójimo nos haya inferido (Mc. 11 25; Mt. 6 11), la dureza de corazón y la aspereza con los pobres (Prov. 21 13), la soberbia (I Ped. 5 5) y el menosprecio de la palabra*

de Dios (Prov. 28); pues todos esos pecados impiden sobremanera que Dios acceda a lo que pedimos en la oración.

3º En tercer lugar, la **fe** y la **esperanza cierta de alcanzar lo que pedimos**; pues sin la fe no podemos acercarnos a Dios (Rom. 10 14), por cuanto no podemos conocer el poder eterno de Dios, su bondad y su misericordia; en cambio, la fe en ellas despierta nuestra confianza de obtener del Señor cuanto le pedimos: «*Todo cuanto pidieréis en la oración, como tengáis fe, lo alcanzaréis*» (Mt. 21 22).

*Por eso hemos de pedirle a Dios que aumente nuestra fe (Lc. 17 5), y nosotros, por nuestra parte, hemos de hacer todo lo posible para conformar con la voluntad de Dios todos nuestros pensamientos, obras y oraciones (Jn. 15 7). Los motivos de esta fe son:*

- *la misma bondad de Dios hacia nosotros, manifestada al mandarnos que lo llamemos Padre (Mt. 23 9);*
- *el gran número de personas que por la oración obtuvieron beneficios de Dios;*
- *la intercesión de Cristo Nuestro Señor (I Jn. 2 1-2);*
- *el mismo Espíritu Santo, que es el que nos mueve a orar y ayuda a nuestra flaqueza (Gal. 4 6).*

## 2º Modo requerido para orar.

Si muchas veces no conseguimos lo que pedimos, es porque pedimos mal: «*Pedís y no recibís, porque pedís con mala intención, para satisfacer vuestras pasiones*» (Sant. 4 3). Por eso mismo, es sumamente importante saber el modo correcto para rezar bien.

1º Tenemos que rezar **en espíritu y en verdad** (Jn. 4 23), esto es, con el afecto íntimo y ardiente del alma. Y aunque este modo de orar no excluye la oración vocal, hay que darle preferencia a la oración nacida de un espíritu fervoroso, y a la súplica íntima nacida del corazón, por más que no se exprese con palabras (I Rey. 1 10, 13, 27).

*Obsérvese aquí, sin embargo:*

- *que la oración vocal es útil para excitar los afectos del que ora;*
- *que la oración vocal es más necesaria en la oración pública que en la oración privada;*
- *y que en la oración vocal deben huírse dos excesos: la locuacidad o vano sonido de palabras propio de los infieles –que no hay que confundir con las oraciones largas de un espíritu fervoroso, y que el mismo Cristo practicó (Mt. 26 41, 42, 44)–, y la hipocresía o deseo de ser visto de los hombres (Mt. 6 5-6).*

2º Tenemos que rezar **con perseverancia**, sin desfallecer al ver que no alcanzamos al punto lo que pedimos. Nuestro Señor, en el Evangelio, manifestó repetidas veces que desea esta nuestra perseverancia en la oración, y que sólo a esta condición seremos escuchados (Lc. 18 1-3; I Tes. 5 17).

3º Tenemos que rezar **en nombre de Cristo**, nuestro Abogado, para que nuestras oraciones se revistan de la eficacia de las súplicas de Cristo, que son siempre oídas por el Padre celestial (Jn. 14 13; 16 23-24).

4º Tenemos que rezar **con fervor**, y acompañando la oración con la acción de gracias (I Cor. 14 17-18; Ef. 5 19-20; Col. 3 17).

5º Finalmente, debemos **añadir a la oración el ayuno y la limosna**: • el *ayuno*, íntimamente ligado a la oración (Tob. 12 8), a fin de que nuestro espíritu se

vea más despejado para rezar; • y la *limosna*, para que Dios nos haga como nosotros hacemos al prójimo.

*Como al pecar ofendemos a Dios, o injuriamos al prójimo, o nos perjudicamos a nosotros mismos, con la **oración** borramos las ofensas hechas a Dios, con la **limosna** las injurias hechas al prójimo, y con el **ayuno** las manchas propias de nuestra vida.*

### 3º «Padre».

Pasamos ya al *preámbulo* que precede a las siete súplicas de la Oración Dominical, cuya finalidad es ponernos en presencia de Dios con las disposiciones más perfectas. Y sobre todo, a fin de inspirarnos amor a Dios y confianza en El, Nuestro Señor quiso que le demos el dulce nombre de *Padre*, nombre que le conviene a un triple título:

1º COMO CREADOR, por haber creado al hombre, a diferencia de los demás seres, a su imagen y semejanza, razón por la cual el hombre lleva en su naturaleza espiritual una impronta de Dios (Deut. 32 6; Is. 63 16; Mal. 1 6).

2º COMO PROVIDENCIA, por su especial cuidado y paternal amor hacia los hombres (Mt. 6 25ss), que podemos ver en dos hechos principales:

• *El primero, que la **Providencia divina ha designado a cada hombre, desde su nacimiento, un ángel custodio** (Gen. 48 16; Sal. 90 11) para que lo cuide, socorra y proteja de todo peligro grave (Mt. 18 10; Act. 12 14-15), y sea su compañero de viaje. Cuán grande sea la utilidad que resulta a los hombres de la guarda de los ángeles, se desprende fácilmente de las Sagradas Escrituras, especialmente de la historia de Tobías, donde se cuentan los muchos bienes que concedió a Tobías el ángel San Rafael, y de la liberación de San Pedro de la prisión en que Herodes lo tenía detenido con la intención de ejecutarlo (Act. 5 22-24).*

• *El segundo, que la **Providencia divina no ha dejado de prodigar dones y gracias al género humano incluso después que éste lo ofendió con innumerables y gravísimos pecados** (Gen. 3 6), tanto que el Señor tiene como gravísima injuria, como dicen las Escrituras, el que se piense que se olvidó del linaje humano (Ex. 17 7; Is. 49 14-16), y se confirma especialmente en la misericordia usada con nuestros primeros padres; de modo que Dios, aun cuando castiga, no se olvida nunca de la misericordia (Sal. 76 10; Tob. 3 22).*

3º COMO REDENTOR, pues por el misterio de la Redención, que fue la más sublime manifestación del amor singularísimo de Dios hacia nosotros (Jn. 3 10, 15), hemos venido a ser hijos de Dios por modo admirable (Jn. 1 12). En efecto, el Bautismo, que nos aplica la redención de Cristo, y que se llama *Sacramento de la Regeneración* (Tit. 3 5), nos hace realmente hijos de Dios al conferirnos la gracia divina y el Espíritu Santo, al que San Pablo llama «*Espíritu de adopción de hijos de Dios*» (Rom. 8 15; I Jn. 3 1).

*Así pues, Dios es nuestro Padre, no sólo cuando nos envía bienes y cosas prósperas, sino también cuando castiga, ya que castiga como Padre, para corregir a los pecadores y librarlos de las penas eternas por medio de penas temporales (Job 5 18; Jer.*

*31 18). Por eso los fieles, en sus sufrimientos y contrariedades, no han de olvidarse de esta verdad, sino aceptar con toda sumisión las correcciones recibidas del Señor (Tob. 11 17; Heb. 12 5-6 y 8-9).*

#### 4º «Nuestro».

Por esta palabra Nuestro Señor quiere inculcarnos importantes verdades, entre las que podemos señalar tres:

1º Que el don de la adopción divina hace que ***todos los fieles cristianos sean hermanos, y deban amarse entre sí*** (Mt. 32 8). Por lo tanto, debemos rezar unos por otros, y no sólo por nosotros mismos, y tratarnos y estimarnos todos como hermanos, pues por muy distinta que sea la dignidad o estado de vida en el mundo, todos los cristianos poseen una sola dignidad sobrenatural, que es la que reciben por su nacimiento espiritual, el cual comunica a todos una misma vida y los hace a todos hijos de un mismo Padre y herederos de una misma herencia (Ef. 5 30).

2º Que en virtud de la misma adopción ***todos los cristianos son llamados hermanos del Hijo de Dios***, y lo son realmente (Mt. 28 10; Heb. 2 11-12). Cristo es el Primogénito, el Hijo de Dios por naturaleza (Col. 1 18); nosotros, en cambio, somos los hermanos menores, nacidos en segundo lugar de Dios por la gracia. Pero, siendo de veras hermanos de Cristo, somos coherederos juntamente con El (Rom. 8 17): coherederos de la gloria y de los dones que recibiremos al final de nuestra vida si hemos peleado valientemente.

3º Que cuando recemos esta oración, ***debemos acercarnos a Dios como un hijo a su Padre***, con afecto y confianza filiales, y procurando que tanto nuestra oración como nuestras obras sean siempre conformes a nuestro divino linaje, de modo a comportarnos como imitadores de Dios (Ef. 5 1).

#### 5º «Que estás en los cielos».

Dios está presente en todas partes (Sal. 138 8; Act. 17 28); pero se dice en las Escrituras que está en los cielos (Sal. 2 10), que es la parte más excelente del universo, que excede a los demás cuerpos materiales en grandeza, hermosura e incorrupción, para recordarnos de este modo el ***poder infinito de Dios***, su ***Majestad*** y su ***inmutabilidad***.

*Estas palabras deben producir en nuestras almas un doble sentimiento: • ante todo, el de **elevar** nuestros pensamientos al cielo, donde se encuentra nuestro Padre, desprendiendo nuestros corazones de la tierra, para hacernos suspirar un poco más por las cosas celestiales (Col. 3 1-2); • y luego, el de acompañar la **confianza** que nos inspira el nombre de Padre, con la **humildad** que nos inspira el recuerdo de la infinita Majestad de Dios.*